



ARCHIVO
HERMANDAD SACRAMENTAL DE SANTIAGO APÓSTOL
Castilleja de la Cuesta

**XVIII PREGÓN
JOVEN DE LA
SEMANA SANTA**

**N. H. D. ÁLVARO VALERO
RODRÍGUEZ**

**AÑO
2023**

XVIII PREGÓN JOVEN
DE LA
HERMANDAD SACRAMENTAL
DE
SANTIAGO APÓSTOL

Álvaro Valero Rodríguez

Pronunciado el 4 de Marzo

Parroquia Matriz de Santiago Apóstol

Castilleja de la Cuesta, Sevilla

Año del Señor 2023

*«Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo.
Venid a adorarlo»*

A la memoria de quienes ya no están entre nosotros.

A quienes me enseñaron a ser cristiano, y a ser cofrade.

Y que a su vez, me encomendaron una de las tareas más difíciles y a la vez hermosa que me hayan dejado nunca, ser de la Plaza.

Que Castilleja guarde silencio

Capítulo I: Evocación a la memoria de quienes ya no están

A tantos que ya se marcharon. A todos aquellos placeños que

emprendieron el camino hacia la casa del Padre; en especial a mis abuelos.

Siempre me he sentido muy orgulloso de la familia que tengo, y lo llevo por bandera. De aquellos que me antecedieron, que aunque no tenga recuerdos de ellos, ellos sí los tienen de mí, y los tendrán siempre. Y hoy están aquí con nosotros, viendo cómo su nieto se abre el pecho.

Os fuisteis demasiado pronto, pero siempre pensé que fue porque no podíais aguantar más para ver bien de cerca los ojos de la Virgen de la Soledad. Ahora que lo pienso, no hay mejor compañía que esa, la de una madre.

Sé que algún día, cuando todo acabe, cuando llegue mi hora, os volveré a ver. Y sé que seré inmensamente feliz de al fin conocer a aquellos que sembraron en la mujer que me dió la vida, esa semilla placeña que germina en mí y que brota sin Remedio.

Y a mi madre, razón y ser de que yo esté hoy subido a este atril.

Gracias infinitas por esta herencia.

Esto va por ustedes.

Capítulo II: Los preparativos

¡SILENCIO!

Dos túnicas renegridas
cuelgan ya de un armario,
de igual tono que las nubes mortecinas
que acostumbran a venir
el día de nuestro penitenciaro,
para ver a Cristo morir.

Antifaces solitarios
esperan ocultar
el rostro de quienes protestan la fé en procesión,
embozando la faz
de quienes se van a echar a caminar
diciendo sí a la Resurrección.

El cingulo ya espera el momento
de aferrarse al talle para blandir
anunciando todo aquello
que ha de venir.

La papeleta de sitio aguarda,
ansiosa e impaciente,
la llegada del día más especial del año.

Y por consiguiente,
el alivio que mi alma salvaguarda,
mientras los recuerdos desenmaraño.

En silencio aguardan los cohetes,
y es que no hay mejor soniquete
para anunciar lo que ya va a llegar,
que Dios va a morir entre la gente
pero también va a resucitar.

¡SILENCIO!

Porque hace tres años
me robaron dos primaveras,
y por eso hoy pido silencio
porque me moriré con esa pena,
que hubo un Viernes Santo
que no vi su cara morena.

¡SILENCIO!

Mientras tanto Dios espera,
en un silencio que ni el viento se atreve a quebrar.
Las promesas nuevas
revolotean en el pensamiento inquietas,
porque este año son más especiales

aún si cabe.

Se sabe que falta poco
porque ya el Señor recibe besos en sus pies
de sus devotos
y plegarias
y jaculatorias
y hasta estampitas rozan su piel.

Ya el pueblo besa las manos de una Virgen de duelo
que entre el dolor y el alivio
no encuentra consuelo.
Maldito el martirio
de mí, el delirio
tú, la reina del cielo.

Capítulo III: ¿No lo oyen?

Ya se anuncia en las calles la buena nueva.
¿Aún no se han enterado?
Cristo vive y reina sobre la Tierra.
Ya nos espera
quien en el madero murió por amor
que volvamos a su vera.

Ya se escucha el repicar de las campanas,
anunciando la misa de palmas
como reclamo de los cristianos,
que proclama la entrada del rey soberano.

Ya viene el Señor,
que tras haberlo interrogado
en el barrio león Caifás,
Pilatos lo juzgó en la calzá
junto a Barrabás.
Fue vilipendiado,
maltratado y despreciado
por un Herodes canalla
en San Juan de la Palma,
donde a su madre se le escapan
las lágrimas más amargas.
Sube hasta el aljarafe
y antes que su espalda se chafe
en Triana caerá una vez más
el que llaman Señor del compás,
pero no va a tardar en llegar
porque en su plaza quiere reposar
para toda la eternidad.

Por eso vengo hoy, y me subo a este atril

a abandonarme a tu suerte
con la esperanza de transmitir
todo aquello que ha de venir
y a anunciar la muerte,
resurrección y la fuerza que da quererte,
y la suerte de ser de tí.

Y el que no lo oiga,
que guarde silencio
y que rebusque en su memoria
que viene haciendo un ruido estrépito,
viene en camino la gloria
y viene a un ritmo frenético.

Ya hasta el viento barrunta
el bamboleo de una bambalina
que un final aciago adivina
cuando la noche despunta.

Capítulo IV: Dios se echa a caminar

¡Que Castilleja guarde silencio!
Que va a salir Dios
a pasear su mortaja
por las calles de la plaza.

Y hasta el silencio se aprieta,
al escuchar el cerrojo
descubriendo esa puerta
dejando la cofradía al despojo.

Y a mí no me gusta mandar a callar
pero hoy pido silencio
porque ahí viene el Cristo regio,
ese que con solo mirarlo te puede hacer llorar.

Un reguero de nazarenos
escolta al Dios de Castilleja
y el luto se impone de lleno
quedando sus llagas expuestas.

Cera roja en el pavimento,
son lágrimas de mi corazón
que ya es un harapiento
y carece de toda razón.

Poco a poco los nazarenos se van perfundiendo
a través de las calles de nuestra villa,
como sangre en la arteria aorta que va fluyendo
y nos da la vida.

El silencio se rompe por los infantes
que entonan un silencio blanco,
sones singulares
que llevan décadas alumbrando
la música ante la muerte
tras el Cristo inerte.

Mas en la memoria de un infante
siempre será Viernes Santo
a las ocho de la tarde.

Más adelante la voz de una saeta
que sale desde un balcón
vuelve a quebrar ese silencio.

La letra se clava en el corazón
y ya apunta la veleta
a un sollozo sin Remedio.

Capítulo V: Ella

Entre rezos se marcha
el Señor de su plaza,
dejando sitio a la rosa más amarga

¡Que se rompa ese silencio!

Que ya viene la Virgen y con ella el júbilo,

que ya sale la Virgen morena

aquella de la prestancia

la elegancia

y las marchas macarenas!

Abran paso a la que vale un potosí,

a la madre del Cristo que viene en estertores.

Eres tú el revoloteo de los pájaros cantores,

la musa de los mejores pintores,

eres la flor de las flores,

no sé qué haría sin tí

pues eres quien alivia mis dolores.

Viene en un palio magnificante

no importa si lo miras de lado

o de frente

en la puerta enjaretado

a punto de partir entre la gente

hacia un puerto guiado

a la voz del capataz:

“Venga de frente”

Ya se cierran las puertas de la parroquia
con un sol que evoca
nuestra esencia más propia.

Como la espada que nos estoca
que el amor testimonia
y hasta al más cuerdo disloca.

Capítulo VI: La agonía del reloj

Ya está la Virgen revirando en la esquina del recuerdo;
viene vestía de pastora,
a la altura de la calle Convento.

Cristo ya se entrega por las calles
la Virgen con el fajín por el talle.
La historia que se repite,
cuando ella sube a su palio
se acabaron todos los piques.

Retranqueos a deshora
las mudás de los pasos
los nervios que ya afloran
el racheo en los ensayos.

El reloj que aprieta,
la hora que se acerca
y yo que en un grito anunciara
que ya no contengo mis ganas.

El crujir de la madera,
los cohetes, los acólitos,
la Virgen serena
los recuerdos más melancólicos
los trajes de flamenca
la alegría y la pena.
¡Es cuaresma en Castilleja
y ya se siente la espera!

Salutación y agradecimiento

Señor Hermano Mayor y Junta de Gobierno de esta, que es Pontificia, Real,

Ilustre, y Fervorosa Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol, Santa Vera Cruz y
cofradía de nazarenos del Santísimo Cristo de los Remedios en el Santo Sepulcro y
Nuestra Señora de la Soledad.

Querido Grupo Joven de nuestra hermandad, gracias por esta oportunidad única.

Querido director y componentes de la Banda de Cornetas y Tambores “Santísimo Cristo de los Remedios”. Gracias por poner los sones tras el Dios de siempre en Castilleja.

Familia, amigos, y hermanos todos en Cristo.

Antes que comience este delirio por el que les voy a guiar con la Esperanza de que se sientan reflejados, déjenme que me detenga un minuto para dedicarle unas palabras a alguien que desde que lo conocí, siempre ha estado para mí. Hablo del culpable de que nuestro Grupo Joven sea lo que es a día de hoy. Como habrán podido comprobar, ha sido capaz de presentarme ante todos ustedes mejor de lo que lo haría yo mismo. Confieso que - mientras estaba sentado - ha hecho que alguna que otra lágrima corriera por mis mejillas.

A mi hermano de otra sangre, Ángel. Aunque no te lo diga muy a menudo, porque sabes que soy una persona de pocas palabras, te has convertido en una persona muy importante en mi vida y creo que lo sabes. Estoy convencido que desde arriba están muy orgullosos de la persona que eres. Infinitas gracias por tus palabras, amigo mío. Que la Virgen cuide siempre de ese hijo que la quiere con locura.

Y gracias a la Semana Santa, y a nuestra hermandad, por todas las amistades que me ha brindado, muchas de las cuales están hoy aquí presentes y de las que me siento tremendamente afortunado y orgulloso de tenerlas en mi vida.

Qué suerte la mía mamá
que me hiciste sevillano y de la plaza,
¿pa' qué más?

Amargurista por parte de la abuelo y de papá,
y después de esto
me sobra todo lo demás.

Hoy trato de explicar lo inexplicable, de dar voz a lo que el corazón calla. De lo que vivimos cada año de manera distinta. Intento narrar lo que me recorre por dentro y no sé muy bien cómo contarlo, porque la única manera de entenderlo es sentirlo. Trato de abrir de par en par las puertas del alma, con la intención de plasmar los sentimientos en un papel, y que mis labios se enciendan y sean profetas de su Resurrección. Es esa semana en la que nos encontramos con Dios en cada rincón, en nuestra plaza. Son esos nervios inquietos, esa incredulidad cuando nos levantamos, y decimos: “Hoy es Viernes Santo”, esa salida antológica, inenarrable, e incomparable. Es ese beso de una madre al partir hacia la iglesia para la estación de penitencia. El estreno de la ilusión intacta de un Domingo de Ramos, la mantilla más hermosa un Jueves Santo, mientras los últimos rayos del sol acarician lentamente su pelo, el perpetuo recuerdo de un Viernes Santo, y la colosal felicidad de un Domingo de Resurrección. En definitiva, es la vida misma agrupada en una semana.

El Dios de Castilleja

L

a Cuaresma. Ese tiempo en el que tras un largo y tórrido verano, un

breve otoño afín a la primavera, y un álgido invierno parecemos despertar muy paulatinamente de una eterna y fría hibernación, para que, en poco más de un mes volvamos a vivir la semana más grande del año. Bastan seis palabras para disparar el cronómetro en un contrarreloj que nos encauza hacia el hecho más importante de la vida de un cristiano, la resurrección. “Conviértete y cree en el Evangelio” ese es el lema que nos anuncia que debemos prepararnos. Preparen sus casas, arreglen túnicas y capirotos, preparen las ropas de gala, preparen también los ropones, pero sobre todo preparen el corazón, porque ya es Cuaresma.

Una de las estampas más especiales de este tiempo tiene lugar cuando el reloj nos separa de la ansiada y anhelada semana, apenas por unas horas. Dicha imagen se repite cada año ni más ni menos que el jueves de vía crucis. Repican a muerto las campanas. En la calle sólo se oye un rezo que clama, pidiendo misericordia a un Dios ante el que todo un pueblo se postra. Las manos de los devotos lo alzan, y el Señor parece elevarse como en una nube de plegarias que lo guían hasta su urna. Mientras él sube, uno se siente infinitamente minúsculo a su lado. Se entiende que él lo es todo, y nosotros somos nada. Se exaltan sin quererlo todos y cada uno de los sentimientos que recorren nuestro interior, poniendo - ahora sí - en hora, el reloj que a todos nos iguala, y que no entiende de riquezas ni de pobreza materiales, sino del alma.

La urna escarpada le espera,

al igual que el monte Calvario
un Jueves Santo cargando con la madera
siguiendo el itinerario.

Le aguarda un trance infausto
hasta que al tercer día resucite,
siendo el mártir del holocausto
para que a toda la humanidad esquite.

Pasarán de nuevo los días del fervor
antes que nos demos cuenta todo habrá terminado,
el tiempo se habrá consumado
y se cerrará de nuevo tu urna, Señor,
y se llevará todos nuestros pecados.

Cuánto tiempo te esperé Señor,
pues quien aguarda tu venida
es sabedor de tu valor:
incomparable
inconmensurable,
sin sentido alguno de medida.

Rey soberano de mi vida,
yendo tras de tí todas las mujeres
porque aunque vayas moribundo

se sabe que realmente eres
el rey del mundo.

Te hicieron un daño inhumano
y tus heridas nos lo recuerdan,
con un estoma en el costado nos muestras
que una lanza queda abierta
del dolor más despiadado.

¿Cuántas veces somos igual de crueles
con quien tenemos a nuestro lado.
Haciendo alardes de ser cristiano,
si a tu palabra somos infieles
y son todos ellos en vano?

¿Cuántos los pasos en falso que damos
prometiendo perdonar
al que algún daño nos ha causado,
y sólo otorgamos
perdones simulados al claudicar
para salir del paso?

¿Cuántas las veces que nos desviamos
entre la mentira y falsedad
aún habiendo prometido hasta la saciedad

ser mejores cristianos?

Por ello te ruego,

Dios que vives en el sosiego

que llenes nuestro corazón de bondad,

que estamos en hermandad

y las absurdas disputas debemos apartar.

Dejémonos de guerrillas constantes

que no llevan a ningún lado,

de piques sobrantes,

de faltas de respeto entre los que algún día se llamaron hermanos,

o de esos que comparten la misma sangre,

de los que juntos se criaron.

Hoy le pido al Dios acérrimo

al de mi infancia,

que ante el desprecio

o la ignorancia,

nos haga ver que el mejor Remedio

es silenciar la intolerancia.

Tú, que eres infinito y eterno.

Tú, que cada año naces, mueres y resucitas

en la plaza.

Tú, el del poder sempiterno,
que siempre nos acarrazas.

Tú eres nuestro mausoleo,
que dentro de tí nadie sobre
Voy caminando como un reo
para morir con un último jadeo
en el que diga tu nombre.

Todo un pueblo te guarda el duelo.
La muerte solo es el fin
para quien no cree en tí.
Y yo que soy piel de tu cordero
siempre te interpelo
buscando ir a tu matadero
con la esperanza de ser querubín
del más grande altanero.

Cuán grande es mi amor por tí, Señor
no tengo Remedio ante el omnímodo Dios
ante el que todo me dió.

Pues al Santísimo Cristo de los Remedios
daría yo mi vida
aunque nadie me la pida,

a tí te dedico este epicedio:

No me dejes nunca solo
que no hay manera
ni modo
de encontrar el Remedio
de no estar a tu vera,
y más si es primavera
y en tu cara se refleja
la luz de la Virgen morena.

Si alguna vez solo andara
no tengo que temer nada
porque la Soledad no es mala.
Nada me va a estremecer tanto
como que sea Viernes Santo
y no vea tu urna dorada.

Que no les falte salud a los míos
que yo sé que tú eres un río
infinito de lozanía.
Solo me basta pensarte
si estoy en la lejanía
para dejarte
que mi alma sanes

porque tengo el alma hería
de tanto amarte.

A la cruz de Santiago

Se ve por todas partes. Su presencia es inevitable. La podemos contemplar en

los antifaces de los nazarenos, en cualquier rincón de esta parroquia matriz y hasta en lo alto del escenario de la centenaria y gran velá, que este año hace ciento veinte. Nuestra torre, esa que siempre nos acompaña con sus repiques y campanas, aquella que lleva siglos siendo faro de nuestra parroquia, e insignia de nuestro pueblo, viste su color. También estaba en la bandera con la que entramos a la plaza del Obradoiro en Santiago de Compostela, y volvimos a hacer historia una vez más. La llevamos por bandera, aunque más que bandera es nuestra más propia insignia. Pues todo ello se lo debemos a quienes nos la dejaron en herencia, los Caballeros de la Orden de Santiago, fundadores de esta, nuestra villa.

Por eso mi pueblo presume orgulloso de su patrón.

Castilleja de Santiago desde mil trescientos treinta y cuatro,
glorioso señor a lomos de su caballo
que custodia con celo cada rincón.

Por seña, la cruz florenzada apuntada

cruz escarlata por la sangre derramada
como punta de una espada
de Castilleja, abanderada.

La cruz de mayor altura
cruz colorá de Santiago
“Es esta la figura de nuestra buenaventura”
como dijo El Cano.

Carabela que la lleva por bandera
recorriendo el mundo entero,
fuiste tú la primera
en anunciar a Santiago caballero.

Tú que has sido símbolo
en las grandes gestas
sé también en esta
signo de nuestro velívolo.

Gran velá como preludio
y un desmesurado rosario con el ingente simpecado
y las flamencas con sus trajes coloraos
para el día más grande de Julio.

Santiago el mayor, hijo del trueno

tú que eres dueño de este terreno
llegue a tí nuestro clamor
de todo los que te rezamos con fervor.

No hay nada que temer
pues voy con la cruz de Santiago por compañía.
Y aunque fuera cosa del ayer
y a veces quisiera retroceder
mi hermandad llevó a cabo tremenda hazaña.

Y al recordarlo la añoranza me va castigando,
es signo de los años y la alabanza,
Castilleja por Santiago proclamando
¡Qué grande es ser de la plaza!

Cuando una reina se viste de pastora

Dicen que la fé mueve montañas, no sé si es cierto. Lo que sí sé es que a veces, la fé sana. ¿No me creen?. Sé de buena tinta que cuando una enfermedad te pone contra las cuerdas, la fé te mantiene vivo, y sobre todo, con Esperanza. En los momentos más complicados es cuando más hay que confiar, porque la fé es ese clavo ardiendo al que aferrarse ante la desesperación más absoluta.

Personalmente, me sucedió algo parecido (a menor escala, gracias a Dios) el pasado 24 de Julio cuando, tras unos días sin un momento de reposo (porque la Gran Velá no deja descanso), al terminar la noche del 23 me tuve que marchar enfermo a casa.

Recuerdo que el día 25 por la mañana recibí la llamada de un amigo que ese día iba a ser los pies de la Virgen. Yo le contesté llorando, hecho pedazos, porque pensaba que ella saldría y yo no podría verlo. Y por un momento sentí y me imaginé lo duro que debe ser no poder ver a tus titulares en la calle por culpa de una enfermedad.

Finalmente, y tras dos días sin salir de la cama, el mismo 25 de Julio milagrosamente me recuperé por completo. ¿Qué cosas tiene la Virgen, verdad? Desde entonces, cada vez que se echa a las calles, dedico una oración a aquellos que no pueden verla.

Nunca mis ojos vieron algo como lo vivido aquel día. Sin duda quedará marcado para siempre en mis recuerdos.

Pues es como si a mi madre viera
al ver esa,
su cara morena,
la de la Virgen serena.

El rostro fino de la pastora,
aquella que siempre cuida de su rebaño
puso fin a la demora
y a la espera de los dos años.

No podía ser otra
la que ostenta el poder en esta villa
tuvo que ser la pastora
maravilla entre las maravillas.

Hasta la tarde con sus nubes arreboladas,
se quiso parecer
al color de tu cara amorenada,
pero tan siquiera al ver
que no te podía igualar se fué avergonzada.

Y te acompañó la noche cerrada
ante tí se postraron la luna y el firmamento
para ser eterno juramento
que volverán a ver tu hermosura desmesurada.

La Virgen salió como antaño
regocijo de quienes nunca la vimos,
pastora de su rebaño
¡Qué suerte tuvimos!

Pues yo podré decir que vi a la Señora
coronada, en su palio, de gloria y de pastora,
en el cementerio
del luto vencedora.

Mas no hay quien pueda contigo
ni el mayor de los imperios
ni el más temido enemigo
ni guerras, ni pandemias,

ni el que contra ti blasfema.

Eres refugio del cautivo

Auxiliadora nuestra.

Tú eres el sueño en el que vivo

y yo, el letargo decisivo.

Eres la primavera cuando llegas

y el frío invierno cuando te alejas.

Luna llena de parasceve,

la niña a punto de hacer diecinueve.

Eres la flor que el aire mueve

y hasta el tiempo retrocedes.

Tú eres el ciprés más alto

y yo la raíz más honda.

Mientras tú eres el sol,

yo me conformo con ser tu sombra.

Todo lo que necesito verte

para calmar el llanto intempestivo

y yo a tí te veo

a través de tu hijo inerte.

Bastón de mando imperativo

tenerte cerca es un anhelo

para que este corazón cautivo

pueda decirte: ¡Soledad, cuanto te quiero!

Soleá, dame la mano

De los labios de un conocido poeta escaparon numerosas piezas, de las

cuáles hoy me gustaría resaltar una en concreto: "La historia es maestra de la vida". En nuestro caso, la historia nos avala. Durante cinco siglos la Virgen de la Soledad ha visto cuanto ha acontecido en nuestro pueblo.

Tus ojos son los testigos de los hitos más importantes que marcan nuestras vidas, las que fueron, y las que serán. Pues ellos recogen la historia de quinientos años en esta villa. Todo lo han visto: innumerables juntas de gobierno, fusiones de hermandades, la unión entre nuestros padres y abuelos, pandemias, cambios en el territorio, guerras, cientos de gobernantes, miles de fieles pasaron ante tí. Pero tú sigues aquí.

Como hilo de oro fino
que trenza con cada puntada nuestro destino,
abre con cada zancada un nuevo camino,
y nos deja en nuestras manos el albedrío
de seguir el recorrido ya emprendido.

Como el viento que nos mueve
que no es más que el poder de vuestras mercedes.

Como una nube de incienso
que camina a través de lo inmenso

y me escala hasta el más hermoso de los atardeceres.

Como flota de navíos
que me llevan ante tí
y en los que navego en demasío
buscando tu porvenir.

Y es que hay que saber dónde buscarte. Te veo casi sin quererlo, en los cuadros que cuelgan de los zaguanes rememorando antiguas imágenes, te veo en la alegría de los niños que juegan en tu plaza, me gusta contemplarte en las caras que cuando te miran irradian felicidad a borbotones y se iluminan. Te busco en esa mirada que pide auxilio desconsoladamente, mientras le quitas de un plumazo todas sus penas.

Una vez, una persona experimentada en los años y vivencias de esta hermandad me dijo mientras miraba a la Virgen: “Hijo, si le rezas con fé, te dará lo que tú le pidas, pero no te lo dará al momento, te lo dará cuando ella quiera”.

Y esto me llevó a pensar en que los tiempos de Dios son perfectos. Tal vez creamos necesitar algo urgente, cuando puede esperar, o no es más que un mero capricho. Es ella quien sabe realmente cuándo nos hace falta lo que suplicamos en las plegarias. Tened fé. Confiad en Dios y en la Virgen, que Dios escribe derecho sobre renglones torcidos.

Soleá, dame la mano
y no me sueltes nunca más,

que no caigan mis plegarias en vano
ni me quede con lo mundano.

Aside con fuerza mi mano
y la de todos mis hermanos.
Madre, dame de tu indulgencia
que tú eres la mayor opulencia.

Tú eres la definición de exuberancia,
ya sea bien para la Candelaria
cuando el 2 de febrero la Soledad se vuelve Candela
que ilumina las almas placeñas,
y anuncia la primavera.

O rodeada de lentisco
como aroma que perfuma los nueve días
en los que te enrisco,
pues no hay mejor fragancia
para el nacimiento del Mesías.

De pastora, en la mula, en el pozo te espera,
no dudes en acudir a verla
pues no hay mayor belleza.

Que cuando está la Virgen de besamanos,

que se detenga el tiempo
y que se abra el cielo
que ya pisa mi madre suelo sevillano.

La mirada fina y serena de Castilleja,
ya nos entrega sus manos
como hilo de una madeja
que reza NO8DO.
Como Fernando III “El santo”
tras haber reconquistado
la tierra primera
fiel predicadora
que tu belleza viera,
la luz de la aurora.

Bendita nuestra suerte
por todas las advocaciones
en las que podemos verte.

Bendito el sol que te da en la cara
pues parece que la luz se te para en la mirada.

Y aún con la ojeada gacha
vistes de sol resplandeciente,
no cabe más belleza en tí, muchacha.

Imagínense si nos mirara de frente.

Bendito el tiempo que en tí se para
cuando el reloj se detiene
para recrearse en tan gozosa mirada.

Bendita cada vez que se oye tu nombre bisbisear
diciendo: “Ay, madre mía de la Soledad...”.

Bendito cada día que pasamos contigo
y el fortunio de haberte conocido.

Porque yo no creo en suertes oportunas
ni en azares,
yo creo en tí.

Pues no hay mayor fortuna
que verte bajo la luna
en tu palio carmesí.

Bendito cada suspiro
que por tí se escapa.

Bendito cada viva
en el que te dicen guapa
y provocas el delirio.

Y benditas aquella manos,
las que te hicieron,
que una vez terminado,
dijeron: “¡Ahí va un pedazo de cielo!”.

Ese Viernes de mi infancia

Cuando enfile mi memoria esa estantería donde almaceno mis momentos

felices, podríamos decir que una balda la ocupa el Viernes Santo en su plenitud. Entre todos los recuerdos que danzan en mi mente cuando pienso en el día más grande del año, hay uno que destaca por ser de los primitivos; mi primera estación de penitencia. Quizás no sea digna de merecer ese nombre, puesto que no fue completa. La inocencia de mi escasa edad me nubla el año, y no consigo distinguirlo. Lo que sí recuerdo es que estaba a la vera de mis padres contemplando el discurrir de la cofradía, seguramente al principio de la calle Convento. Mi hermano mayor, que iba formando parte del cortejo del Señor como nazareno, se decidió a abandonar las filas de la cofradía debido al agotamiento físico. El pobre, veía la puerta demasiado lejos, y el bocadillo más cerca de la cuenta, y cayó en la tentación. Te entiendo.

Por cómo lo cuenta mi madre, un servidor, aún estando vestido con ropa de calle, se puso su antifaz, cogió su cirio 'colorao', y se echó a caminar hasta la entrada de la

cofradía con tal de acompañar al Señor. Ahí me tenían, un nazarenito de corta edad, vestido de calle y con antifaz, pero acompañando a mi hermandad.

Si rebusco en la desnudez de mi memoria, otro de los recuerdos del Viernes Santo de mi infancia era cuando llegábamos a la altura del convento por el recorrido antiguo. Allí nos esperaba a mi hermano y a mí nuestra madre, cargada con dos bocadillos que más que alimento eran víveres, con sabor a gloria y un tono revitalizante, crucial para afrontar el último tramo del recorrido y llegar bien a la entrada. Ay, esas madres salvadoras que están más pendientes de sus hijos que de cualquier otra cosa en este mundo, ¿qué haríamos sin ellas?.

Si bien es cierto que siempre está ahí en los momentos clave, nunca falta en los previos, cuando al levantarme en la mañana del día del amor fraterno, uno de esos jueves que relucen más que el sol, trata de calmarme con un almuerzo succulento y merecedor del día que es. Tras ello, siempre escucho algo así como: “Alvarito, duérmete un poco que la noche es larga, y tienes que llegar bien a mañana. Ya sabes que es el día más grande del año”. Sabe que soy un manojito de nervios que no lo exterioriza y que poco a poco reconcomen cada rincón de mi alma.

Jesús Sacramentado se expone en el sagrario en la tarde de un Jueves Santo, está esperando que vayas a adorarlo, como cada año. Y atardece, con esa luz única e incomparable. Mis nervios me pueden, porque sé que cuando vuelva a amanecer, de nuevo será Viernes Santo.

El silencio y la Esperanza

resuenan por las calles y en mi cabeza,

mientras la noche cansada bosteza
con aires de madrugada.
¿Cómo voy a olvidar a la Esperanza Macarena?
¿O ese museo itinerante
que es el palio del Silencio?
Que más que una catedral andante
es el palio
en soberbio
y el azahar imperante.

Ya es Viernes Santo.
Es el día más señalado.
Ya no cabe más romanticismo en la tarde
hasta que la luz se guarde
venciéndose en la noche.

Ya va a salir el broche
de la parroquia a relucir
para callar el discutir
que su nombre siempre acarrea,
pues necio es quien lo emplea
para comparar su belleza.

Ya el equinoccio se duerme
en la más dulce mirada,

que va tras el rey de los reyes
que reina en su urna escarpada.

Cuando el Señor se eche a sus calles, y con él, las últimas luces del Viernes se reflejen en la pueril cara del angelito que custodia su urna, entonces saldrán también todos aquellos que no pudieron alcanzar el cielo. Todos en el mismo sepulcro, salen a la vez todos los que han sido desterrados de este mundo, y Dios los acoge en su infinita y eterna misericordia.

Quedamente sale el Señor
para acabar de morir entre la gente,
ya sale silente el Salvador
mientras su figura se hace presente.

Al salir su madre bajo palio, le acompañan el dolor de todas las soledades de este mundo, que son ínfimas a su lado. En ella van reflejadas tantas personas que sufren el desamparo, y el abandono, y que a su vez, en ese preciso instante dejan de estar solas, porque la Virgen está con todos ellos. Con los presos, con los enfermos, con los abandonados, con los aislados impotentes por la injusticia de la vida.

Una madre y su hijo atestiguan lo que acontece
la reina bajo palio va a salir
cuando apenas anochece.

Ni el mismo Lorenzo que se pone por el ocaso
se quiere perder su salida, y sus primeros pasos.

Por eso aguarda la espera.

Pero tras verla, avergonzado se va,
con el alma hecha jirones,
porque sabe que está saliendo el sol,
¡el de verdad!

Es la mayor de las penitencias, ir delante tuya y no mirarte. Al fin y al cabo, eso es la fé. No necesito verte directamente para saber que sigues ahí, y que no me abandonas nunca. ¿Para qué mirar su rostro si viendo las caras de sus devotos todo se entiende? Es ahí cuando la devoción se hace tangible, la primera, la de este que escribe. Por ende, no hay cosa más grande para un placeño que la devoción a su Virgen.

Ya ha salido la cofradía, y la parroquia queda desierta.

No hay forma de medir el paso de las horas
cuando el mismo tiempo está en la calle.
El reloj se atora.

Y hasta la luz se queda sola
cuando pasa por su vera
esa carita morena
que a todos nos enamora.

Exquisitez del Viernes Santo,
nudo en la garganta,

lágrimas, emoción,
aquel que reza cantando.
Cofradía hecha amalgama,
luz de nuestro velón.

Siempre caigo en la misma trampa
cuando reinas a tus anchas
cada vez que a la calle sales.
¿Cómo cabe tanto amor
entre doce varaes?

En un paso de palio vacilante
pues no hay otro paso
que ande igual de elegante.
Con su marcha
o con su salve,
ese palio va derramando arte
allá por donde pasa.

Y a su paso
el tiempo es escaso
y la vida se escapa,
mientras se funde con el ocaso
del Viernes por la tarde
y hasta la luz va haciendo alarde

de poder tocar su cara.

Ese día los recuerdos nos atacan
sin piedad ni compasión,
y a lo que una vez fuimos nos arrastran,
unos niños que estrenando uso de razón
vieron por primera vez la Semana Santa,
a hombros de su padre, la primera procesión.

Por eso es el día más grande del año,
para todos los placeños
de hoy, y de antaño.

Porque salen quienes dan sentido a nuestras vidas;
la fé de nuestros mayores
el recuerdo que cada Viernes reabre mi herida,
un tesoro que se entrega a borbotones.

Sale el Sol con sus resplandores
para iluminar la noche.

Y hasta a los adoquines de tus calles
les provocas el disloque.

Y si un Viernes Santo me muero
le diré a San Pedro,
que vengo de estar

con la madre de Dios,
que vive en Castilleja
y es reina de los cielos
y el Señor de los Remedios,
que es el Dios de mis desvelos,
y es con quien yo muero.

Domingo de alabanza

En nuestra plaza ya se escucha el mayor de los pregones, el cantar de los pájaros en esa mañana que anuncia que el mismo Dios ante el que llorábamos el Viernes Santo, ha Resucitado. Hay papelillos en el suelo. Función Solemne en la parroquia que culmina con grandeza una noche de desvelo. Ya no hay pena, aunque con ella nunca la hubo. Ya todo es alegría. Si acaso, la única pena que cupiera en el alma mía, es la del fin, fin de los días esplendorosos a su lado. Fin del luto y el duelo al Dios amortajado. El Santísimo reina, ya no es ese Señor enjuto, es el mismo Dios Resucitado. Ya todo es blanco y 'colorao', blancura pascual que celebra la salida de la carreta con su grandioso simpecado, y que proclama que en la tarde sale el broche final.

La vuelta del alborozo
anuncia con cantes y sevillanas
de tu pueblo, el gozo
por contar la Resurrección cristiana.

Eres esa mesa rebosante en la que una familia
se reúne cada Domingo de Resurrección

anunciando la mayor primicia,
que Cristo resucitó.

Sin duda, verte el Domingo
es la mayor señal de Victoria.
Seña de cinco siglos
derrotando a la mortuoria.

Victoria de la vida sobre la muerte.
Victoria que se escribe en rojo y blanco.
Victoria que anuncio en este canto
y que vive en nosotros siempre.

Y cuando sea Domingo de amanecía
y el alba abra paso a un nuevo día,
cuando la muerte esté vencía,
serás tú quien nos anuncie
que Dios resucita siempre
en las manos de María.

Aún es Viernes Santo

Pasa la Virgen Macarena

“ *El secreto de Sevilla, su mayor encanto, es la luz. Luz que todo lo vivifica y anima, que todo lo alumbra en la doble acepción de aclarar y de dar vida*”.

Aquí está mi luz primera,
de versos está hecha
la cuna que me meciera
que es esta Sevilla nuestra.

La ciudad más verdadera
que nos alumbra
y que por sí sola se encumbra
desde tiempos de Julio César.

Antes que te vayas
y trates de escapar,
derribando arcos y murallas.

Antes que de nuevo me sumerjas en un letargo
en el que sueño contigo,
entretanto te esperamos,
busco tu último vestigio.

Mientras vuelves,
déjame que me entregue
para manifestar
que siempre te voy a querer,
que sólo me queda esperar
que los recuerdos no me castiguen
con la añoranza de lo que mi alma vive,
aunque sé que lo harán.

Déjame que te recite los últimos versos
en los que ponga todo mi corazón
y pierda la cordura, la medida y la razón;

He llegado a la conclusión
que Sevilla no es verdad,
todo debe ser una ilusión
en esta bendita ciudad.

En esta Sevilla
que por una semana no es Sevilla,
sino Jerusalén
puerta del jardín del Edén
para cualquiera que espera a vuestra merced
desde Sevilla a Nazaret.

Por mucho que me quiera cornear
tu recuerdo más esquivo
y yo lo intente evitar
para que no sea más dañino,
siempre me logra alcanzar,
cerrando las puertas al olvido.

Y no hay posibilidad
que me salve de la embriaguez
que me deja tu felicidad,
y que siempre me arrastra a mi niñez
cuando preso de la insensatez,
tuve la oportunidad
de verte por primera vez.

Te esperaré siempre
en este paraíso
en el que vivo
para verte en la calle otra vez.

En tu palio el Viernes Santo
o de gloria en la tarde de la Resurrección,
acógenos siempre bajo tu manto
y que llegue a nosotros tu protección.

La de la Virgen exquisita
que en la parroquia habita.

La más casta y pura,
el perfil de la dulzura
las pestañas infinitas
que me acunan.

Eres rosa sevillana
la emperatriz hispana.
Reina soberana,
eres el sol de cada mañana.

Niña de la plaza
eres la belleza superlativa
¡Pasa la Virgen de Castilleja entre guapas
y vivas!

Y después de abrirme en canal
¿qué más te digo, Soledad?
Si cabes entre un suspiro
y toda la eternidad.

Para decirte cuánto te quiero,
este pregón se me queda corto.

Pues pregonarte es un anhelo
para este humilde mensajero
porque en tí yo me absorto,
y siempre me enajeno.

Eres la mayor de mis suertes
que mi alma atesora.
No puedo no quererte
porque sería ir a deshonra
contra quienes me llevaron a verte
en la infancia dichosa.

Y antes de partir
mi último pensamiento
volverá a donde fue feliz.
Y mi último recuerdo
siempre será para tí.

Y cuando la noche esté a punto de acaecer
y la muerte se haga notoria
y se reafirme,
vendrá tu recuerdo para ser
quien llame a mi memoria
por el camino más corto para herirme.

Pues ese Viernes siempre revive
el alma de quienes están en la gloria
pero en el pensamiento viven

Y cuando sean las ocho de la tarde,
cuando se abran esas puertas,
y la cruz que anuncia tu llegada,
quede perfectamente enmarcada,
bajo el dintel de la cancela.

Cuando mis nervios no pueda aguantar
y nos echemos a caminar
una vez más,
dando ejemplo de hermandad.

Y cuando mis ojos, entre lágrimas,
decidan verte por tu arco
y sienta que todo llega a su final,
sabré que aún es Viernes Santo.

He dicho.

Este pregón se terminó de escribir el día 22 de Febrero del año del Señor 2023, miércoles de ceniza. A tan solo 40 días de Semana Santa. En Castilleja de la Cuesta, Sevilla. Fue realizado con toda la ilusión y el amor del mundo hacia mi Hermandad de Santiago.

LAVS DEO, VIRGINIQUE MATRI

